

Obra publicada bajo
licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia
1ª Edición Noviembre 2009

Foto de contraportada
de Ana Rey Botello publicada
bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia



Creative Commons License Deed

Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 2.5 España

Usted es libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra



hacer obras derivadas

•

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir bajo la misma licencia. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen legible por humanos del texto legal (la licencia completa) disponible en los idiomas siguientes:

[Catalán](#) [Castellano](#) [Euskera](#) [Gallego](#)

ESTO NO ES UN LIBRO DE POESÍA
Rosa Yáñez Gómez

Dedicado a los que juegan al ajedrez
mientras los demás juegan a las damas

Sobre este libro...

A ti que abres estas páginas lo primero que quiero es agradecértelo profundamente.

Empezar declarando en el título que este no es un libro de poesía necesita una pequeña justificación: es un juego de palabras snob en relación a las pinturas de Magritte en las que el objeto representado nunca es el objeto real. Y así, igual que en la obra de Magritte ni la pipa ni la manzana son más que sombras de la realidad que no pueden alcanzar, así los textos que recoge este libro no pueden más que hacer un guiño a la Poesía en mayúsculas. Esta ironía pretende, lo confieso, situarme en una cobarde posición de inocencia ante mis múltiples defectos como poeta. Pero también desde mi traviesa sinceridad, este título enmascara el acicate de una búsqueda que es también la mía. Porque aunque el que publica un libro ambiciona lectores, el que lo escribe lo hace para el más cruel y voraz de ellos: él mismo. Escribir es la forma de leer más activa: la cacería de aquello que querías leer. Y el de la depredación, ya se sabe, es uno de los instintos más primitivos del hombre.

Por otro lado, percibo que es común que se identifiquen los versos y sus creadores con lo cursi y afectado. Para los que así piensen, esto tampoco es un libro de poesía. O al menos eso espero.

Todos los textos que se incluyen en este libro nacieron sin intenciones de salir de los cajones pero finalmente, fueron viendo la luz en mi blog <http://rositafraguel.blogspot.com>. Allí se encuentran aún publicados con esta licencia libre que te permite copiar este libro y distribuirlo sin ánimo de lucro entre cuantos quieras. Para conocer qué son las licencias copy-left y qué puedes hacer o no con este libro, te recomiendo que te dirijas a la web <http://es.creativecommons.org>

No puedo cerrar este pequeño prólogo sin agradecer al que ha sido mi profesor, Ángel Leiva, que me mostrara la belleza de la sencillez. Esta revelación es, como todas las cosas grandiosas, una enormidad escondida entre lo obvio.

A mis padres tengo que agradecerles el haberme educado en unos valores que me parecen cada vez más un tesoro y sobre todo el quererme incondicionalmente, a menudo sin comprender del todo mis locuras. A mi hermano, su apoyo en los momentos difíciles. A Javi su amor, su serenidad, su existencia. A mis amigos, a todos ellos, esos momentos fantásticos de complicidad que no saben cuánto valoro. No quiero enumerarlos porque me dejaría a muchos en el camino, cada uno de ellos sabe que está entre estas líneas. Si quiero mencionar especialmente a “el Chache” porque hemos salvado juntos el mundo muchas veces sin que nadie lo supiera: ¡yippi ka yei!

También debo y quiero agradecer el apoyo y el trabajo de los que me han ayudado con las correcciones, sin ellos este libro no habría sido posible.

A los escritores siempre les preguntan su motivación para escribir. Colecciono sus respuestas: la catarsis, la última palabra frente a la muerte, la conquista del amor del otro, la interpretación del mundo... La mía es sencilla: escribo porque no puedo dejar de hacerlo. Gracias por acompañarme.

1. Agudas

I

El asesino me miró
sorprendido de que yo no quisiera matarle.

II

El asesino me miró
sorprendido de que hubiera podido matarle
sin convertirme en asesina.

III

El asesino me miró
sorprendido de que siguiera viva a pesar de
todo.

Quizá Medusa sea la mayor víctima de difamación de la historia. Ella jamás convirtió a nadie en piedra y su única culpa fue la desgracia de tener un espejo insobornable en la mirada. Perseo, al ver el monstruo horrible que apareció ante sus ojos, no dudó en usar la espada. Siempre creyó que llevaba consigo la cabeza de la Gorgona sin saber que la que había cercenado era la suya propia.

Conseguí subirme a lo más alto del árbol. Aún no sé cómo pude, pero lo hice. Arriba, le pregunté a Cósimo si volvería a hacerlo; a lo que él respondió: “Siguen sin gustarme los caracoles”.

Por un catastrófico fallo en la planificación, temo que hayamos perdido a nuestros trabajadores para siempre. En el futuro es importante recordar la siguiente regla: “los laberintos deben construirse de dentro hacia fuera”.

Su cordura siempre estuvo pendiente de un hilo: su exquisito sentido lógico. Así, cuando justo a sus pies bamboleantes a veinte centímetros del suelo, encontraron la nota: “por un modus ponens mal ejecutado”, sólo los que mejor le conocían encontraron en ello alguna lógica.

Cuando el juez firmó el acta, pudieron llevarse el cadáver del funámbulo. Aunque les resultó difícil, lograron encontrar también su equilibrio para enterrarlos juntos.

Con tono solemne
anunció a todos que ya era el mejor del
mundo.
El público, sin embargo, parecía más
interesado
en los deliciosos dulces que acompañaban el
café.

Revolotea una mariposa en torno a la vela,
el poeta la aplasta con el tomo noveno
y continúa escribiendo la que va a ser su
mejor obra:
“La piedad hacia los débiles”.

Ambicionas el poder
y NO PUEDES
dejar de ambicionarlo.

Narciso,
apuntala tu ego hacia otro lado,
que te rebosa la autoestima
y me manchas los zapatos.

Sería por el frío,
tal vez por lo morado de los dedos,
que descuidé las defensas
y te dejé acercarte
con la calefacción puesta.

Entornó los ojos
asistiendo atónita al espectáculo de la
ambición.
Entonces recordó
que había olvidado dar de comer al perro.

Tenía tanta hambre que se devoró a sí mismo. Por desgracia, esto le provocó una severa indigestión y acabó devolviéndose.

Tras sufrir el encantamiento del silencio del hombre, la sirena murió asfixiada en la tierra.

Llegando al patio, saco la llave del bolsillo. La puerta se arroja feroz sobre mí, pero felizmente traga el anzuelo y pronto me encuentro en el cálido estómago de mi casa.

Ahíto de versos, el viejo poeta cruzó el jardín zen caminando despacio. Se recostó contra el muro, cerró los ojos y se preguntó filosofando en sueños si sus ronquidos serían oídos por alguien en aquel lugar desierto.

Encontraron al gurú saciado de vida.
Lo había visto todo.
Conocía a los hombres,
sabía de sus instintos,
de su esencia.
Embotado por su sabiduría
casi había perdido el habla
y sólo alcanzaba a repetir:
“¡Socorro!”

El día más amargo de su vida estuvo a punto de perder la corona a causa de la traición del obispo.

El mejor día, su amante plebeya se convirtió en reina.

El más extraño fue el siguiente, al comprender que ahora eran dos las mujeres que le hacían reproches.

Un mal día cualquiera perdió buena parte de sus tropas por una mala estrategia en la batalla.

El último día, terminó con un jaque mate del enemigo y con él metido en una caja.

El problema de este individuo que nos ocupa es que sufre de una extraña anomalía que le imposibilita para asumir cualquier tipo de notoriedad. Y, extrañamente, alude a no sé qué causa moral para no ejercer jamás su poder sobre los otros.

2.Llanas

El mayor riesgo de estar triste es acomodarse en la tristeza. Es dulce ese sopor en el que puedes eludir todos tus compromisos. La justificación perfecta para no coger el teléfono, para responder con monosílabos a cualquiera, para no devolver los buenos días al vecino. Es este un gran peligro. Así, cuando uno está triste debe maltratarse: levantarse cinco minutos antes de que suene el despertador, ducharse con agua fría, trabajar muy duro sin descanso, comer lentejas, coger el teléfono y llamar a todos los enemigos. Con todo esto seguirás estando triste pero incómodo. Sin correr el riesgo de quedarte para siempre en la tristeza.

Cuando estés alegre, en cambio, mímate: levántate cinco minutos tarde, dúchate con agua muy caliente, escapa del trabajo para tomar un café, come guisantes y jamás respondas al teléfono. Cuando te pregunten con qué derecho andas eludiendo tus responsabilidades no dudes en afirmar solemnemente: “estoy alegre y eso hay que aprovecharlo”. Con todo este quehacer y dado que es muy dulce ese sopor en el que puedes eludir tus compromisos, correrás el riesgo de acomodarte y quedarte para siempre en la alegría.

Era tal su necesidad de dormir en medio del huracán en que se había convertido su vida, que aprendió a aprovechar cualquier instante para dar una balsámica cabezada.

Empezó por la media hora que consumía su viaje al trabajo. Primero la ida, después también la vuelta. La siguiente ampliación consistió en hacer uso de sus visitas al baño para simultanear sus actividades higiénicas con reparadores descansos.

Un día, logró conciliar el sueño en el tiempo que media entre que pides el desayuno y te lo sirven. Desde entonces se hizo costumbre.

Depuró tanto su técnica que ni tan siquiera necesitaba cerrar los ojos para dormir. Su mayor logro, se reconocía a sí mismo, era el sueño en el transcurso de una conversación: hablaba y en el hueco minúsculo que imperceptiblemente discurre entre las palabras, encontraba ocasión para entregarse a los brazos de Morfeo. Ni el más avisado interlocutor habría podido advertir nada extraño.

Poco a poco su ajetreada vida discurría entre siestas, con una irregularidad e inconsistencia tal que su necesidad de vivir le obligó a aprender a aprovechar cualquier momento...

Cuando es de noche y caminas por una calle solitaria y silenciosa, la espalda se tensa y apresuras un poco los pasos sin reconocerlo.

El miedo te puede acorralar como un predador a su presa, a mí me ocurre a veces. Entonces camino aprisa. Busco mi calle en los recuerdos como convocándola. Presiento mucho antes de que aparezca, el color de las fachadas. El silencio que generan los ruidos conocidos. Incluso a ella la recuerdo; quizá por primera vez en el día.

No te avergüences si crees oír unos pasos y sólo son los ecos de los tuyos. O una respiración y sólo eres tú (y tu resuello). Si se hace más grande el hueco tras las costillas y tratas de tragar el suficiente aire como para llenarlo. Si te aferras a la promesa de su presencia como si de un amuleto se tratara.

Cuando llego al punto conocido desacelero. Empieza a acogerme el silencio de mis ruidos y siento al fin el alma que se acopla.

“Te esperé todo el día”

Las llaves giran en la cerradura como bailando. Ya no hay huecos de aire suplente, sólo está ella.

Todas las casas tienen un olor. Sabrás cuando has llegado al tuyo con sólo usar la nariz un poco.

Por fin el silencio: una vecina habla por teléfono, unos niños gritan jugando, un vecino ronca. Silencio al fin en mi cabeza. Ella sonríe.

Como t  interpreto la rutina de la llegada. Soy una actriz satisfecha de sí misma. S  de antemano que todo se desarrollará según el guión -o con eso nos engañamos t  y yo-. Ella se vale de sus viejas artimañas para llamar mi atención. Salta y juguetea, pero celosa de sus funciones sabe que no debe alterar mi calma.

Confieso que más tarde, cuando ya las sábanas me cubren, te cuento historias como si fuéramos niñas. Ella agarra el sueño con una mano y mi pecho con otra. Entonces sí que mis historias le recompensan de mi ausencia y que de algún modo enmiendo mi atrevido exilio.

Y me pregunto cómo haces t  para compensar tus ausencias.

Sin embargo, no me oculto que este intento de resarcirla es aún más cruel que mi abandono. Todas estas dulzuras de mi parte sólo harán que me eche aún más de menos, mañana, cuando INEVITABLEMENTE me aleje de nuevo.

Hay un fuego. Hay cuatro desconocidos en torno a él. Hay una noche fría y cerrada. Hay un perro.

Arriman las manos al calor. En sus mentes sólo hay olvido. Ni pasado ni futuro, sólo este presente suyo. Ninguno es capaz de mirar al otro.

De repente, entre las las llamas aparece una mujer desnuda. Baila en el fuego sin herirse. Serpentea curvándose sobre sí misma. Su piel blanca deja traslucir un sueño. El Sueño de cada uno de los hombres que la miran.

Uno de los cuatro hombres se levanta, toma un cuchillo que no existió hasta ese instante y se lanza feroz sobre los otros tres hombres.

Hay tres cuerpos destrozados formando un triángulo rojo y un hombre jadeante.

Se gira y la mujer desaparece. El perro se acerca mostrándole los dientes. El hombre arroja al perro a las llamas de las que huye aullando de dolor.

Ahora se siente criminal y se arroja a sí mismo al fuego. Sin embargo, no siente nada. Aterrado comprende que está maldito y jamás podrá infringirse daño alguno.

Es justo entonces cuando el hombre despierta, empapado en sudor, en su cama helada.

Me despertó la oscuridad como si me hubiese golpeado. Me parecía haber dormido una eternidad y habían sido necesariamente unos pocos minutos. Te sentí ronronear entre las sábanas. Fui siguiendo atento tu respiración cada vez más pesada y lejana.

De pronto tu olor de sueño ajeno me contrajo. Me visitó el molesto recuerdo de tu manía de frotarte las manos cuando hace calor y de tocarte la nariz a cada instante. De toser dos veces -exactas- cada mañana al despertar, de lavarte las manos después de comer, aunque sea una simple manzana. Te sentí tan extraña que la cama compartida se me hizo insoportable. Me levanté con intención de abandonar la casa.

Cogí el abrigo del perchero y fui hacia la puerta. Al ir a buscar las llaves en los bolsillos, sin embargo, mis dedos tropezaron con la moneda.

La moneda fue lo único que rescaté de tu bolso. Creo que trataba de resultar heroico cuando me lancé a correr tras el ladrón, pero él era más rápido. Sólo quedamos atrás la moneda y yo que tropecé torpemente.

Llorabas desconsolada y tu llanto no lo provocaba el robo. Te sacudías como un castillo de naipes desmoronándose. Me miraste y vi tu dolor o quizá me vi a mí mismo y por eso sentí tanto miedo. No, lástima no.

Después te puse la moneda en la mano y me la devolviste.

Quien acepta el abrazo de un perfecto desconocido es que se encuentra ausente de sí. Perdido.

Desde entonces no he vuelto a ver muchas veces aquel dolor en tus ojos. Y cuando apareció tú lo apartaste. Nunca me has explicado qué lo provocó más que con razones que los dos sabíamos inventadas. Nunca pedí explicaciones.

Miré la moneda. Volví a dejarla en el bolsillo, me quité el abrigo y volví a la cama.

Tú no lo recuerdas, pero te besé mucho aquella noche mientras dormías muy lejos de mí.

Yo soy...

...un hacedor de historias y puedo crearlas muy distintas. Puedo incluso fabular sobre otros hacedores de historias. Puedo hablar de un hacedor en lo más alto de una torre en un lejano país, en un tiempo remoto. Se encuentra devanando una historia absorto en el milagro de las letras que nacen bajo su pluma y como un solitario demiurgo, da forma poco a poco a la realidad de un mundo ficticio. Mientras tanto, un feroz dragón se acerca a su ciudad y la asola por completo. Sobre la montaña de cenizas se alza aún la torre ilesa, centro geométrico de una espiral que aún es descrita en el aire por la fiera. El hacedor termina su historia, levanta al fin la cabeza del pergamino, coloca la pluma en el tintero y pasa el secante sobre su trabajo terminado. Está satisfecho. Es entonces, y sólo entonces, cuando el dragón se lanza en picado sobre mí.

María volvió de entre las yerbas con las mejillas encendidas, el pelo pegado al sudor del cuello y los calcetines sucios. Escondía algo a la espalda, guardándolo con el celo que suelen poner las niñas en sus secretos.

Yo tendía las sábanas haciéndome la distraída.

A la noche, le brillaban los ojos y la fiebre le hacía tiritar. “Excesos para una niña de ciudad”, decía la abuela.

Bajo las sábanas empapadas seguía escondiendo ese algo suyo.

Al amanecer, María lloraba desconsolada aunque ya no tenía fiebre. Su secreto ahora era tan sólo un tarro de cristal con un puñado de mariposas muertas.

“Quisiste atrapar el campo”, le dijo la abuela muy seria como una niña grande reprendiendo a su muñeca.

Yo me alejé a la cocina a fregar platos, lejos de cualquier infancia. Preocupada tan sólo por el menú del día.

En las historias que nos contaban de niños se conocía sin duda quién era el bueno, quién el malo. El bueno vencía siempre. Él mismo parecía conocer el futuro y soportaba estoicamente los golpes del destino: cuanto más dolor, más gloriosa la victoria.

Quién te iba a decir que no hay manera de distinguir héroes de villanos. ¿De qué lado te encuentras?

No sé quién nos hizo pensar que hacer lo que nos dicta la conciencia -o qué sé yo qué fuerza extraña que es capaz de destrozarnos a algunos-, no sé quién nos dijo que ser obedientes nos daría paz. Haz lo correcto para no tener remordimientos. Hazlo y tendrás la incertidumbre de un remordimiento. Quién sabe si elige lo correcto.

¿Cómo podía el héroe dirigir su ejército a la batalla? ¿Y si de repente descubre que está en el bando equivocado? ¿Y si es más justo el propósito del enemigo?

Al final sólo te queda apretar los dientes y elegir, aún cuando no estés seguro. Al fin y al cabo, ya lo estarás, es cuestión de tiempo. Acumularás decisiones de las que no podrás arrepentirte. Hacerlo significaría aceptar un fracaso demasiado insoportable: la decepción de ser uno mismo. Paciencia, llegará un tiempo en que no tendrás que esforzarte en la

ceguera. La vejez te permitirá dirigir cuantos ejércitos desees sin que la duda se atreva a rozarte. Estarás seguro y serás invencible. Probablemente también estarás muerto, aunque no tienes de qué preocuparte, para entonces ya no podrá importarte.

Llegas a casa tras un duro día de trabajo:
te han asaeteado los costados,
llenado tus oídos de vanidades,
te pican los ojos
quizá porque no hay primavera este año.

Y al fin y al cabo sabes que no es nada de eso
lo peor.

Lo que carga ese fardo insoportable que te
encorva
es la vocecita maldita que se pasa el día
reventándote,
esa que te recuerda que hoy pensabas en otra
cosa cuando besaste a tu marido al salir de
casa,
que ayer no escuchabas cuando Manuela
lloraba al otro lado de un frío teléfono,
esa que te recrimina sin pudor que te estás
saltando la dieta de nuevo...
Esa.

Se te empiezan a acumular los tiempos
perdidos
y no te quedan manos para tapan los agujeros.

Aletea un pájaro nocturno al otro lado de la
ventana
y sueñas con que al llegar a casa fuera posible
-¡qué maravilla si lo fuera!-
bajar la cremallera de tu cuerpo,
sacar los pies despacio y luego el resto,
quedarte tú, desnuda, libre de ti,
y evaporarte entonces

como una niebla fresca.
Que tú fueras la primavera inclinándose sobre
el huerto
para susurrarle
que esta vez no llegaste tarde por culpa del
trabajo,
que no olvidaste el aniversario
y que tienes todo el tiempo del mundo ahora

para redimirte

y liberarte

o desvanecerte para siempre.

La reina se muere y el corazón de la colmena hierve.

En esta alveolar angustia que precede al desastre, se han convocado asambleas en las que se ha discutido mucho nuestro futuro. Aunque sepamos que no existe.

Se han barajado absurdas e imposibles soluciones de entre las que se eligió una cualquiera. Y aquí estoy, frente al espejo, con la corona de cartón algo inclinada y una cínica sonrisa encaramada a mi hombro.

Hacer pasar a una obrera por reina no les parece difícil.

Al fin y al cabo la mayoría no se reúne, ni habla, incluso cuando la reina se muere. Están demasiado ocupadas como para prestar atención sobre algo tan poco relevante como quién gobierna nuestras vidas.

Lo razonable es no quemar nunca las naves.

Lo razonable es guardar las distancias,
coger siempre el teléfono,
conservar los amigos,
hacer dieta y deporte moderado.

Lo razonable parece ser también
alcanzar los propósitos a toda costa,
bailar la música que suene,
aspirar a baños de multitudes.

Juega
aunque sea sucio.

Por poco razonable que parezca
decido seguir en esta isla.

Veo los barcos ardiendo.

La tripulación,
hecha de perdedores y fracasados,
baila en torno al fuego.

Tienen los labios sonrientes pero los ojos
asustados.

Les miro y rezo
por que en su locura
jamás irrumpa lo razonable
y así podamos permanecer
a salvo en esta isla desierta.

3. Esdrújulas

Soy siempre el perro
que ladra en la tormenta.
Soy la soledad,
la que no enmudece
a pesar de su fatiga.

Se inaugura un rascacielos,
por cada ventana: una Babel con ojos,
una soledad regando un exilio.

Un perro que muerde los tobillos
y es siempre el mismo, aunque nadie lo sabe.

Por un cristal roto escapa un dolor
pero a esas alturas la ceguera es ya una
pandemia
y el suicida se siente solo mientras sigue
cayendo
desde el menguado cielo un poco más de
nieve.

I

Convendrás conmigo en que
en el caso remoto de que esto sirva para algo
apenas nos quedarán fuerzas para celebrarlo.
Nos ha costado tanto secuestrar las mariposas
y tensar todas esas conversaciones,
a fin de lanzarnos como flechas tras las
montañas
que llenar los odres de sangre nueva
es un trabajo.

Los pájaros se negaban a nadar
y los peces se nos morían entre los dedos
quedando como tristes lágrimas de mar
oliendo su ausencia en los pasillos.
Así es que abandonamos la idea
del globo aquel que arroja nuestros gritos
sobre la gente atónita,
como una lluvia de vigilia.

II

Lo que más me costó fue no perderme
mientras te buscaba,
lo que más te costó fue encontrarme.
Un huracán nos reventó la casa
pero las brujas sobrevivieron
y sus conjuros se nos enredaban en los
tobillos
como queriendo convertirnos en árboles.
De una antorcha que salvamos,

construimos una noche en que escondernos:
tus ojos se cerraban a veces dejándome en
silencio,
perdida,
asustada,
casi sola.

Y convendrías conmigo
en que es una locura coleccionar mosquitos
porque al final sólo te quedan mordeduras
llenas de un veneno que avinagra los sueños
y desmonta los armarios.

Una serpiente se muda de camisa,
sonríes con esa magia tuya y te adueñas del
ahora.

Bostezo.

Comprendiendo que apropiarse del presente
es tarea de estómagos hambrientos
de una vida que sólo se expresa
en esa forma volcánica de lo que nace.
Y pienso si el pasado ya no existe,
si el futuro es imposible
o si es el AHORA el que se impone
como el único pulso en el gong del alma.

Es desconcertante la tranquilidad con que rota
y clama al cielo que nadie lo comente en el
mercado.

Es incomprensible la indiferencia con que se
traslada
de un punto a otro repetida
una trayectoria estúpida de peonza
y que nadie manifieste la sorpresa ante el
absurdo
habitual en cualquier sana inteligencia.

Se automutilan las dudas como liendres
y es que no terminan de rascar donde
debieran
porque les rebotan los pulsos y no meditan
sobre lo inmediato de la muerte.

¿No hay acaso una flor marchita también para
ti?

A menudo me descubro girando el molino
incapaz de encontrar objetivo a este oficio de
vivir
pero no es menos cierto que atesoro el dudoso
orgullo
de preguntarme una y mil veces cómo es
posible
que digan que es la tierra la que gira
y yo sólo vea del sol el movimiento repetido.

Desdibuja la frente su cuerda floja
dejando caer torpemente al trapecista
pero no atiende a la súplica el talón
que ya se derrite de sueño y hambre
cuando lleva tan sólo
un par de pasos del camino.

Desconozco si la tragedia se precede siempre a
sí misma
sólo sé que en la amenaza
de perder el tiempo y quizá la vida
dejo de mirar al minotauro y siento
que se me hacen las costillas canales
por donde nadie navega
por donde nadie llora.

Narcotizada como estoy por mi fantasía,
estos choques con la realidad resultan cada
vez más insoportables.

Sonríe. Acumula los aciertos de muchos otros
como si fueran suyos. De ahí obtiene esa falsa
seguridad que demuestra. Y no me duelen sus
bocados.

El desprecio siempre es seco.

Ayer acabó el trabajo. El día invitaba a
reunirse con los amigos. Quizá era viernes.
Vino a mí lamiéndome las manos. Movía el
rabo y jadeaba suplicante. Ese gesto
inequívoco que pide una mano sobre la
espalda.

Yo, me marcho en busca de la mitad de mi
otro yo. El perro, da un par de vueltas sobre sí
mismo y queda como siempre solo en su
caseta.

Al alejarme de ti abrigaba
-ahora lo sé-
la esperanza de que fueras feliz.
Siento que la suerte no te sea propicia,
siento que no hayas cambiado nada
y que sigas buscándote sin resultado.

No hay soledad peor que tu silencio.

Las paredes se han pintado de gris
y los relojes están mudos
después de tanto tiempo gritado.

Se adormecen los rincones de la mejor parte
y es una amenaza aterradora la posibilidad del
Nunca,
de tantas hojas en blanco revoloteando la
rutina
que me atrapo en la bola de nieve que sigue
girando.

Ahora no importa ya que interpretara tus
gestos tan torpemente
o que fuera incapaz de estar a tu altura.
Ahora sé que la búsqueda justifica,
no el encuentro.

Ahora, pido reencontrar los ecos de tus pasos
y si al final he de salvarme
que me abandone tu recuerdo,
ser un ciego que nunca te ha visto,

porque quizá
sólo hay una maldición peor que tu silencio:
la soledad
de andar siempre recordando tus palabras.

Gritaron desproporcionadamente
sin que hubiera razón.
Ella vino luego
-a destiempo-
pero para entonces los gritos
ya se habían esfumado.

En la mesa hay esparcida una baraja
-como en otoño repentino-.
Una desconocida intenta equilibrar los naipes.
Sonríe.
Yo tristemente observo los botes apilados en la
alacena
guardando cada uno un castillo roto.

Se acuesta.
Teje una crisálida.
Espera.
Nace el día.
Y no hay metamorfosis.

Se ha aficionado al letargo
como un caracol con sobrepeso.
Al fin y al cabo,
no hay motivo para no hacerlo.

Deberías reconocer de una vez
que juntar letras no es tu fuerte
mucho menos s

e
p
a
r
a
r
l
a
s

La huida hacia delante,
la ropa y la orilla,
el turco sin cabeza,
la nube de humo,
la táctica y la estrategia,
el cepo de palabras,
el individuo frente al grupo,
la encerrona de cortesía,
el miedo sin tapujos,
los espejos rotos,
las arenas movedizas,
la indecisión como acuerdo,
tú
y
tus
paranoias.

Las vías rayando el paisaje
como el peine arando tierra hostil
parecen un pentagrama en el que los viajeros
son los cuentos nacidos del recuerdo

lo lírico es una húmeda amenaza de tormenta
que nos hace sudar una camisa que no se
seca
y mi almohada está fresca

traquetea con el mundo y gira
el tren inmóvil en la música

donde hay un ladrón
una soltera
un perro pequeño escondido en la maleta
como un niño que llora
un viudo
una maestra

tú
que eres el único acorde disonante
un grito que sin escucharse está en todo
abofeteándose las mejillas y arañándose los
brazos
sin saber la impertinencia

de la mesita desplegada frente a ti
que sostiene una hoja en blanco
cuando tu vecino sueña recostado contra el
cristal
y todo tiembla

y tú no encuentras
ni
una
sola
palabra.

Se puede sentir el goce estético sin arte a la
mano
Se puede crear sin tecla ni lápiz
Se puede vibrar porque sí
Reconvertirse y renacer
por un rayo de sol cualquiera

Todo se puede

Pero no estaría mal
salir del dique seco de una vez
y ponerle palabras
y tener al menos una oportunidad
de encontrar
una mirada que comprenda
cuántas cicatrices deja
la mordida de la belleza

I

Tengo en la memoria
el tiempo traslúcido de la espera...
De un modo incomprensible,
lo que vendrá para ser el ahora
y un después de todo,
porque quien lo diría,
es ese presente inasible lo que se vuelve más
misterioso
como una raya de humo en el cielo, cuando el
avión ya se ha ido
o el espíritu del cigarro que ya se apagó hace
rato pero aún revolotea
-incluso como el pelo de los pobres muertos-
creciendo en el futuro de un presente que ya
es pasado.

II

El ahora,
cargado de proyectos,
cubierto de cicatrices,
se torna un río de esos en los que está
prohibido bañarse.
Una sombra que el rabillo del ojo nos revela.

Aquella caricia que sentí de niña en la

habitación vacía,
y que la tía prometió ser el fantasma de la
abuela.

La congoja de un movimiento
en el que no encuentran acomodo nuestros
huesos.

O la sorpresa de la vejez en las manos.

Y quizá todo esto no sean más que
tribulaciones de estómagos saciados.

III

Llueve
y la tierra huele a vida
el sol te cosquillea los brazos, aún helados del
invierno.

Acodado en la ventana,
aturdido por el galope feroz de la linterna
mágica,
trenza un hilo invisible de recuerdos
que se sobrepone al tránsito.

Es seguro que sus dedos laboriosos,
perdidos en la urdimbre
serían capaces de trazar cualquier camino.

En realidad, su estupor lo provoca la certeza
de que el único requisito
es un tiempo ilimitado
que a ningún hombre se concede.

Si estando triste, de repente, porque sí,
sonríes,
¿has encontrado una retorcida y sutil forma
de traicionarte a ti mismo?

Y si evitas sonreír,
¿es esa una nueva forma de traicionarte?

I

Desenvuelve el regalo y la decepción se hace. El animal mientras tanto construye rascacielos con las piezas que dejaron en su jaula. Su inteligencia se zambulle en un remolino de ideas que apenas pueden ser liberadas con tan torpes herramientas. El caos acontece entonces y el soplo de dios revela bajo la arena una pequeña raíz, que acaso sea luego un gigantesco ecosistema con raíces kilométricas bajo la tierra.

II

Un sabio en una multinacional reparte el correo entre los empleados. Una secretaria disfraza de expediente un poema. Los números destruyen las vidas de unos cientos. La palabra se congela en la repisa de un laboratorio genético. Es el adviento del desastre. Los cuervos graznan. El aleph, bajo el peldaño, parpadea y ya no hay Nada.

III

El viento ataca la raíz y el azar duerme. Hace pequeñas tiras el papel de su regalo. También la cinta retorcida. Construye una crisálida de celofán, dobla con cuidado sus

alas se introduce en ella como una contorsionista del alma. El animal eleva construcciones que acaso planifiquen la deforestación. La raíz tiembla. Y ahora ella atiende la balsámica llegada de la oruga.

Índice

Sobre este libro.....	11
1. Agudas.....	15
El asesino me miró.....	17
Quizá Medusa sea la mayor víctima de.....	19
Conseguí subirme a lo más alto del árbol.....	21
Por un catastrófico fallo en la planificación.....	23
Su cordura siempre estuvo pendiente de.....	25
Cuando el juez firmó el acta, pudieron.....	27
Con tono solemne.....	29
Revolotea una mariposa en torno a la vela.....	31
Ambicionas el poder.....	33
Narciso.....	35
Sería por el frío.....	37
Entornó los ojos.....	39
Tenía tanta hambre que se devoró a sí.....	41
Tras sufrir el encantamiento del silencio.....	43
Llegando al patio, saco la llave del bolsillo.....	45
Abito de versos, el viejo poeta cruzó el.....	47
Encontraron al gurú saciado de vida.....	49
El día más amargo de su vida estuvo a punto.....	51
El problema de este individuo que nos.....	53
2. Llanas.....	55
El mayor riesgo de estar triste es	57
Era tal su necesidad de dormir en medio	59
Cuando es de noche y caminas por una	61
Hay un fuego. Hay cuatro desconocidos en	63
Me despertó la oscuridad como si me	65
Yo soy.....	67
María volvió de entre las yerbas con las	69
En las historias que nos contaban de niños	71
Llegas a casa tras un duro día de trabajo:.....	73
La reina se muere y el corazón de la	75
Lo razonable es no quemar nunca las naves.....	77
3. Esdrújulas.....	79
Soy siempre el perro.....	81
Se inaugura un rascacielos.....	83
Convendrás conmigo en que.....	85
Una serpiente se muda de camisa.....	87
Es desconcertante la tranquilidad con que rota.....	89
Desdibuja la frente su cuerda floja.....	91
Desconozco si la tragedia se precede siempre a sí misma.....	93
Narcotizada como estoy por mi fantasía,	95
Al alejarme de ti abrigaba.....	97
No hay soledad peor que tu silencio.....	99
Gritaron desproporcionadamente.....	101

En la mesa hay esparcida una baraja.....	103
Se acuesta.....	105
Se ha aficionado al letargo.....	107
Deberías reconocer de una vez.....	109
La huida hacia delante,.....	111
Las vías rayando el paisaje.....	113
Se puede sentir el goce estético sin arte a la mano. . .	115
Tengo en la memoria.....	117
Acodado en la ventana,.....	119
Si estando triste, de repente, porque sí,.....	121
Desenvuelve el regalo y la decepción se	123

